

estas potencias el hombre tiene facultades que le hacen señor del mundo, dispone como quiere de las cosas que en éste existen, las conoce, las distingue clasificándolas; hasta donde llega la vista armada del hombre, hasta allí ha analizado los cuerpos del Firmamento y percibido los cuerpecillos células; mas con la imaginación, con el pensamiento alcanza lo invisible. Siendo señor tiene que ser libre; pero lo es con un freno que jamás puede arrojar lejos de sí: la verdadera ley y la conciencia. Un miembro, dicen cuando conviene á su propósito los materialistas, solo se mueve en el sentido que le permiten las superficies articulares, si se le exigen movimientos en sentido diferente ó resiste, ó se disloca, ó se rompe; pero es de notar que en los actos verificados en virtud del libre albedrío, los órganos del encéfalo en lo general son impresionables en su estructura; aunque entren en actividad estimulados por el espíritu de una manera anormal; exagerada, se entiende en la ocasión de una excitación pasional, en cuyo instante el alma vence la resistencia que le presenta el natural propio de la persona que le hace distinguir por su carácter: es inconcuso que excitaciones pasionales consuetudinarias pueden modificar la organización del cerebro; pero éste no en todos los que á menudo le excitan se enferma, ni en lo general una excitación violenta lo quebranta. El ejercicio de una virtud heroica nunca lastima al cerebro, la comisión de un crimen ó delito, únicamente hiere á la conciencia, el remordimiento es dolor que no es manifestación ni de lesión material; ni de alteración dinámica de algún punto del encéfalo: es el sufrimiento del espíritu, no es dolor de cabeza.

CAPITULO XXVII.

El cerebro, el espíritu, las relaciones que tienen uno con otro. El cerebro digno instrumento del alma, el cerebro de los animales. El espíritu ama durante la vida, se independe en ocasiones. Reflexiones.

Admirable es el cerebro y prodigiosa su estructura: así lo hizo Dios para que fuera un instrumento perfecto del cual se había de servir el alma imagen y semejanza de su Criador para que pueda manifestarse, si no con todo el poder de sus facultades, que son grandes, pero con una grandeza que no podemos comprender mientras estemos confinados en los estrechos límites de la materia, para que pueda manifestarse el alma, repito, con la mayor dignidad que le permiten sus ataduras materiales. Que Dios ha sido generoso y liberal con el alma humana, disponiendo el cerebro de tal manera que corresponda á sus necesidades para que pronto y debidamente traduzca y exprese lo que ella quiere manifestar, lo prueba la altura á que han llegado las ciencias y las artes en estos tiempos. ¿Cómo es el alma en las mansiones de la eternidad en donde no tiene vestidura estrecha que entorpezca sus movimientos? Es lo que tantas veces hemos repetido: imagen de Dios y allá en la Eternidad le conoce, y conocer á Dios es estar llena de sabiduría: para la Eternidad gloriosa crió Dios á el alma, es decir, para que sea sabia, grandemente sabia; más esta alma, creada para el Cielo, es la que está encerrada en el cuerpo del hombre mientras está en el destierro y no debiendo permanecer incomunicada con el exterior le concedió Dios el mejor medio de comunicación, el cerebro, ¡cuán digno de ser admirado es el cerebro, puesto que es el instrumento con el cual manifiesta su dueño con admirable claridad sus ideas y expresa sus pensamientos, sus deseos, sus afectos, lo indica lo bien que sabe servir á ese espíritu privilegiado por quien tanto ha hecho Dios. ¿Cómo será el alma en la Eternidad no estando ya limitadas sus potencias, libre de la estrechez en que se en-

contraba en el cuerpo del hombre? (1). Entonces será cuando se comprenderá lo que es en su esencia lo que tanto hemos repetido, imagen y semejanza de Dios. Excelente por su naturaleza el alma, le dió Dios el instrumento maravilloso del cerebro para comunicarse con el exterior, como hemos dicho. Al considerar tan grandes gracias y favores que le debe el hombre á Dios, ¿cómo es posible que haya quienes con toda voluntad se pongan del lado de Satanás, para juntar la renegación de su principio espiritual con la ingratitud más negra al renunciar la excelencia de su naturaleza que solamente á Dios es debida? La naturaleza del hombre es excelente principalmente porque tiene alma, más también porque posee el órgano más prodigioso entre los perfectísimos que constituyen el cuerpo humano; para el alma fué hecho el cerebro. ¡Lado sea Dios que tan liberal se ha mostrado con nosotros!

Considerando el cerebro en los animales irracionales, sin dejar de ser obra perfecta, es menos excelente, permítaseme esta expresión, que el cerebro humano, y tiene que ser así porque en cada especie de aquellos sirve para el ejercicio de facultades limitadas, cuya limitación está en relación con el desarrollo de los órganos que componen el encefalo; á facultad A corresponde capacidad de órgano en cantidad B y así es como en la serie animal la facultad cognoscitiva está en cada especie en relación con los órganos del cerebro que están dedicados á las funciones de la inteligencia; pero no obstante que en el hombre existe el alma, no debemos repugnar que como en los animales irracionales hay regiones conocidas ó no, en que se encuentran radicados los agentes facultativos, que funcionan de tal ó cual modo, y podemos afirmar que en los brutos, como en el hombre, cada facultad proviene de células agrupadas en lugares determinados, que entrando en actividad, dan lugar á las funciones correspondientes, que se manifiestan por actos; pero en el hombre, y únicamente en el hombre, rico como es su cerebro de agrupaciones celulares facultativas que funcionando dan lugar á manifestaciones de actividad sorprendente, ni se encuentran, ni es posible hallar las regiones que correspondieran á las manifestaciones del principio espiritual que anima al hombre. No

(1). Tanto porque será intuitivamente, como porque el cuerpo después de la resurrección será glorificado también.....

tienen sitio, estoy seguro, en el cerebro del hombre, las facultades por las cuales tenemos idea de Dios, le amamos y le adoramos, por las que libremente escogemos el bien ó el mal.

Balmes y otros filósofos comparan á el alma valiéndose del cerebro para manifestarse al exterior, con el músico que toca un instrumento y como éste no es capaz de producir sonidos armónicamente combinados, así el cerebro, funcionando por sí, no puede sin la incitación del alma obrar racionalmente. En la diferencia que hay entre el piano, por ejemplo, y el cerebro, puesto que es posible contar las teclas de aquel y es imposible saber, por ser incalculable, el número de elementos dedicados en el cerebro á actos diversos: la comparación en lo demás es justa; además, los elementos activos del cerebro no existen en igual cantidad en todos los hombres, ni en la masa general, ni en cada una de las regiones; así, el que está dotado de excelente memoria y de mediano entendimiento, posee mayor número de células en la región de la memoria, que las que tiene la del entendimiento, lo cual es lo mismo que decir que un espíritu humano tiene un instrumento más ó menos bueno que otro.

El espíritu existe en el hombre: cada uno de nosotros tiene conciencia de los actos de su propia alma: esa conciencia, es evidente; pues pensamos, recordamos, queremos, es el alma quien obra, no es el cuerpo la cosa que quiere deliberadamente, mucho menos que piensa, sino el ser noble que sabe que existe, que recuerda su pasado, que mira al porvenir; de la voluntad de ese ser depende el ejercicio del bien ó del mal, y *yo gozo*, si hago el bien, y *yo sufro* la tristeza del remordimiento, si soy malo. Sé, es verdad, que tengo que morir; más espero porque tengo conocimiento de mi inmortalidad, y no tuviera esperanza, si no tuviera en quien esperar. El alma, solamente el alma, en el hombre puede abstraerse para considerar sus actos y deducir lo que debe ser en sí misma, y puede también volar en alas de su inteligencia y recorrer el espacio, puede ver con perspicacia las cosas lejanas, recordar y volver á tener presentes los acontecimientos pasados como si todavía fueran actuales.

Entre lo que puede un ser inteligente en tales actos de las facultades que llamamos superiores y lo que sería capaz de hacer la materia por sí sola, nada más que porque

funciona durante la vida, me atengo á la existencia del alma, y respecto de escoger entre la metafísica que se refiere al espíritu y la que tendría que ser la *metafísica de la materia*, acepto a primera.

No siendo este trabajo una obra de controversia, me parece inconveniente acumular pruebas de la verdad de la unión del alma con el cuerpo en el hombre. Los cristianos no necesitamos se nos demuestre lo que conocemos bastante por sus operaciones y facultades: sabemos que el principio que nos anima á cada uno de nosotros es nobilísimo, aunque nuestros pecados lo degraden. Sabemos, porque nuestra santa Religión nos lo enseña, que nuestra alma debe ser tratada en la eternidad conforme á sus actos en este mundo; que es necesario padecer para purificarse, y este pensamiento dulcifica el dolor, que debería desearse, en lugar de temerle, para lograr la salvación. Si nuestro principio racional fuera material, siempre tendríamos horror al padecer; jamás la paciencia nos haría resignarnos con el sufrimiento, al contrario, la ira, la desesperación, agravarían nuestros pesares; difícil, si no imposible, sería el consuelo que sin remover el mal lo hace menos pesado. Si la masa encefálica fuera únicamente la causa de nuestra superioridad sobre todas las cosas de la tierra, las cuales, por lo que son y para lo que son, tienen una perfección que hizo exclamar á su Creador que eran buenas, después de haberlas criado, entonces estábamos autorizados para decir que lo malo de la Creación era el hombre ó porque sucede con cualquiera de las cosas que nos pongamos á considerar que decimos que es buena, por la razón de que hecha para lo que fué formada cumple con el fin á que fué destinada, y por lo tanto, en su clase, no podemos figurarnos que fuera mejor de lo que es; mas supongamos cierto el hombre sin alma, lo admiraríamos; pero era muy fácil que nuestro cerebro razonante supusiera un hombre con un alma con las cualidades que los creyentes le concedemos á dicha alma. Es seguro que ese hombre que suponemos, diría: así habría sido mejor el hombre, porque con alma inmortal, no reprocharía yo al Destino su injusticia; sí, porque injusticia sería de quien habría arrojado a la tierra un animal dotado de razón, con exquisita sensibilidad y con libre albedrío y capacidad suficiente para poder apreciar lo que es la virtud y el bien que trae á quien la practica, y lo que es la maldad y los daños que

produce al malvado y á los que le rodean, y conocer que debía ser recompensada la primera y castigada la segunda y ver que en la tierra sucede á menudo lo contrario: que el bueno padece y el malo goza. Entonces, el hombre sin alma, habría sido la excepción en todo lo que se encuentra en el mundo que habitamos, porque todas las cosas son inmejorables en el sentido de que cada una no podría haber sido dotada de mayores perfecciones, pero aquel sí, porque es mejor el espíritu animando al hombre que la materia precedera obrando con admirable inteligencia.

Precisamente la gran perfección de la criatura humana consiste en ser un compuesto de alma y cuerpo que aspira á la bienaventuranza. Una obra de tal naturaleza, no ha sido hecha para durar á lo sumo la pequeña edad de 100 años, sino para ser siempre feliz, si no se hace indigna de su origen. Por último, si supusiéramos que se obligara á un ser inteligente á decidir qué sería mejor, un hombre, animado con la inteligencia que le caracteriza, dominando á todas las demás criaturas de la tierra y con la capacidad para hacer todo lo que se conoce hoy como efectos de esa casi omnipotencia que las ciencias y las artes han alcanzado por el trabajo y el estudio en el transcurso de los años, ó un animal, materia sapientísima y poderosa para crear las ciencias y las artes y para hacerlas progresar, indudablemente calificaría de mejor lo primero porque es más noble el espíritu que la materia. Dios, al criar, no vaciló; ni mucho menos erró: todo lo que hizo fué bueno y no existe cosa alguna en el Universo que se pueda decir de ella que habría sido mejor de lo que es en sí misma en cuanto á su naturaleza y á su destino, y si se habría podido reprochar que pudiera haber sido mejor el hombre, en caso de carecer de alma: por ser de noble naturaleza el espíritu y poder esperar á un eterno y feliz destino el hombre espiritual es por lo que nos parece que constituido así, es bueno y sin tacha, como criatura que es de Dios.

